

In memoriam

de John Joseph Moakley

1927 - 2001

J. Donald Monan S. I.

En verdad les digo que cuando lo hicieron con alguno de estos mis hermanos más pequeños, lo hicieron conmigo (Mt 25, 40).

En Boston como también en el pequeño país de El Salvador, en Centroamérica, esta es la última semana del tiempo de pascua, la época cuando la muerte de Cristo está todavía fresca en nuestras memorias, pero cuando celebramos en la fe nuestra confianza en la vida nueva resucitada. En los tres días siguientes al *Memorial Day*, la noticia de la muerte de Joe no sólo hizo que los escritores y las cámaras de la ciudad sacaran lo mejor de sí mismos, sino que además tocó sus corazones. Cada paso a lo largo de su carrera pública, desde las calles del sur de Boston hasta los salones de Washington, ha sido descrito con fidelidad, e incluso con cariño.

No voy a intentar aquí repasar esas descripciones. Creo que hay una razón por la cual el congresista Moakley que tuviera el privilegio de dirigirles la palabra esta tarde. Joe dijo con frecuencia en público que de todos los logros que había conseguido a lo largo de sus cuarenta años de servicio público, del que se sentía más orgulloso era de haber sacado a luz la verdad acerca de los atroces asesinatos de seis sacerdotes jesuitas educadores, su cocinera y su hija, hechos ocurridos en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", en El Salvador. Ese delgado, pero agudo rayo de luz, fue el comienzo del regreso de la paz y la justicia a esa tierra atormentada.

Me gustaría recordar, en la medida de mis posibilidades, diez años después y dado que acompañé a Joe a El Salvador cuando él hacía ahí su trabajo, las circunstancias que hicieron de lo que él hizo algo tan importante para el mundo y algo de lo cual él se sentía tan orgulloso. ¿Por qué un asesinato ocurrido a más de seis mil kilómetros de distancia conmovió a Joe Moakley hasta el punto de considerarlo su éxito más grande?

Las personas asesinadas eran sacerdotes jesuitas, su cocinera y su hija. Alrededor del mundo, la gente que sabe de la existencia de los jesuitas, piensa en nosotros como educadores. Pero la educación jesuítica, en especial en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", nunca ha buscado el conocimiento para su propia satisfacción, sino que siempre lo ha buscado como una fuerza cultural para crear más igualdad entre la gente, como un instrumento para mejorar las condiciones de vida de la familia humana, para aliviar de la opresión derivada de la pobreza, y, en algunas ocasiones, incluso de la opresión de los dirigentes políticos, quienes utilizan ejércitos bien entrados, para imponer su opresión.

La fe no era algo que Joe llevara escondido o que hiciera a la gente sentirse incómoda, sino que fue una perspectiva desde la cual actuó durante su vida pública y privada. [...] Esta fe y su valentía y su sentido de justicia fue lo que Joe Moakley llevó a El Salvador.

Este fue el caso de El Salvador, en la década de los ochenta. Ignacio Ellacuría, el jesuita rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" lo expresó de la manera siguiente: "La realidad de El Salvador, la realidad del tercer mundo, esto es, la realidad de la mayor parte del mundo... está fundamentalmente caracterizada por el predominio de la mentira sobre la verdad, la injusticia sobre la justicia, la opresión sobre la libertad, la pobreza sobre la abundancia, en suma, del mal sobre el bien... esa es la realidad en la cual vivimos... y nos preguntamos a nosotros mismos qué hacer acerca de ella de una manera universitaria. Nuestra respuesta... debemos transformarla, hacer todo lo posible para asegurar que... la libertad [predomine] sobre la opresión, la justicia sobre la injusticia, la verdad sobre la mentira, el amor sobre el odio. Si una universidad no decide hacer este compromiso, no entendemos qué validez tiene como universidad. Mucho menos como una universidad de inspiración cristiana".

Debido a que este mensaje estaba siendo comunicado con éxito, a la una de la mañana del 16 de noviembre de 1989, un batallón del ejército penetró en el campus de la universidad jesuita de El Salvador, levantó de su cama al rector jesuita y a sus cinco hermanos, los obligó a tirarse sobre un pedazo de tierra con grama, enfrente de su sencilla residencia, y luego los despachó sin más trámite. Entonces, dispararon sobre los edificios de los alrededores con ametralladoras para hacer aparecer los asesinatos como si éstos hubiesen sido perpetrados por las fuerzas guerrilleras.

Ahora, todo esto aparece muy claro y transparente. Pero cuando sucedió, el alto mando del ejército declaró que la guerrilla era la responsable de los asesinatos. La embajada estadounidense, cuyo gobierno entrenó aquí, en Es-

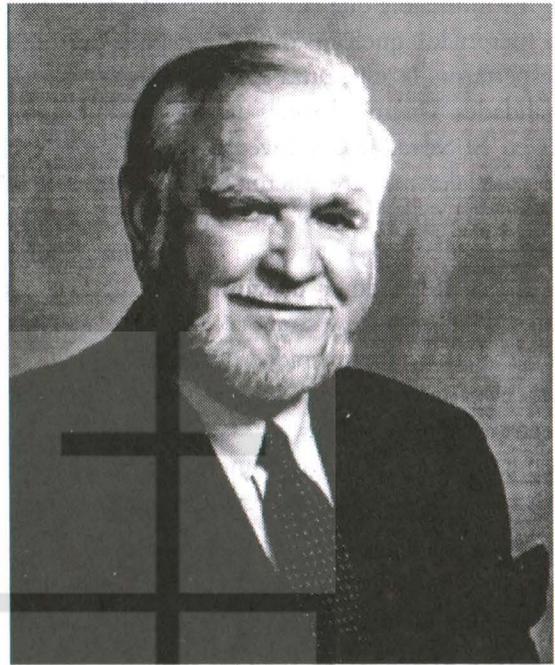
tados Unidos, a algunos de los mismos hombres que cometieron estos asesinatos, no señaló como responsable al ejército, sino a la guerrilla.

En enero de 1990, el presidente de la Cámara de Representantes nombró al congresista Joe Moakley parte de una selecta comisión extraordinaria para investigar los crímenes en El Salvador. De alguna manera, este nombramiento cambió la vida de Joe Moakley para siempre. Pero para todos aquellos que lo conocíamos bien,

desde el presidente de la Cámara de Representantes que lo nombró hasta el último presidente de la misma, quien lo animó, nadie mejor que Joe para desempeñar este encargo, por su determinación y valor, por su esperanza optimista y su preocupación por los más necesitados, virtudes todas ellas que lo caracterizaron desde su infancia.

La fe no era algo que Joe llevara escondido o que hiciera a la gente sentirse incómoda, sino que fue una perspectiva desde la cual actuó durante su vida pública y privada. Tanto en él como en la gente que estaba a su alrededor, fue una perspectiva de toda la vida. Desde esa perspectiva vio la inviolable dignidad de cada persona humana y escuchó el llamado irresistible de los necesitados. Fue una fe que dio una dimensión nueva a su sentido de la justicia y la equidad; lo volvió inquebrantable cuando los poderosos se aprovechaban a expensas de los débiles. Esta fe y su valentía y su sentido de justicia fue lo que Joe Moakley llevó a El Salvador.

La medida de la fe y del valor de Joe Moakley para llevar a cabo este encargo es la medida de las fuerzas que se opusieron a él —no se trataba de unos cuantos individuos despiadados, sino de la institución militar de una nación soberana, entrenado por Estados Unidos, el cual podía obligar a los testigos a guardar silencio de una manera tan efectiva como había cometido los asesinatos. Tal vez lo más difícil de todo fue que Joe tuvo que enfrentar los esfuerzos embarazosos de algunos colegas de su propio gobierno, quienes colocaron pistas falsas que alejaban de los culpables y retuvieron claves para averiguar la verdad, que ellos mismos retuvieron.



Es indudable que la voz autorizada de un hombre y su valor para utilizarla fueron los que, en último término, derrumbaron el muro de silencio y despertaron la esperanza de que la paz y la justicia podían ser de nuevo realidades. Un año después de su nombramiento, las investigaciones criminales en El Salvador concluyeron en un junio. Por primera vez en la historia, dos oficiales militares fueron condenados por haber tomado parte en el crimen. Un año más tarde, los acuerdos de paz fueron firmados por el gobierno y la guerrilla, bajo el auspicio de Naciones Unidas. Y, aunque los sospechosos de haber ordenado en último término los asesinatos nunca fueron llevados a juicio y aquellos que confesaron haber dado muerte a los jesuitas de la universidad fueron exonerados de cargos por haber actuado cumpliendo órdenes, el sistema de opresión y asesinato, organizado por el gobierno, se había derrumbado. Gracias a Joe, la verdad salió a la luz; la nación misma había comenzado a probar los primeros frutos de la paz. Y a la luz de esa verdad y de esa paz, todo un pueblo había comenzado a vivir de nuevo.

¿Qué hizo que esta historia se convirtiera en el gran éxito de la vida pública de Joe? Fue la rectitud que mantuvo a lo largo de toda su vida. Es la continuidad, en un ámbito internacional, de la fe de toda la vida de Joe en la dignidad inviolable de cada ser humano, su sentido único de la justicia y la equidad, y su inquebrantable valor, que siempre utilizó en nombre de los débiles y los necesitados. Eso es lo que Joe ha sido durante cuarenta años, en el sur de Boston y en los salones del Congreso y, sobre todo, es lo que creyó desde la primera vez que escuchó el mensaje del evangelio en su parroquia: "cuando lo hicieron con alguno de estos mis hermanos más pequeños, lo hicieron conmigo" (Mt 25, 40).

